

Hacia fin de año las cosas empezaron a gravitar hacia el sur: al sur se producían los tornados que arrancaban las casas en la costa de Mérida, al sur los zapatistas se yerguían ya soberanos de Chiapas, al sur los presidentes latinoamericanos caían y se levantaban en el vaivén de una única manifestación que cambiaba de ciudades y de rostros, al sur la capa de ozono se hacía más frágil y el sol más peligroso. Al sur, también, Juan continuaba su vida: ya había dejado el departamento en el que se había refugiado de su mujer, y la llamaba a Córdoba todos los días para preguntar por la evolución de su padre, pero también para escuchar su voz. Al sur volvía Roberto a pasar unas semanas, al sur se iba Malena antes de seguir viaje hacia el sur de Europa. Al sur, tan lejos, moriría mi padre.

De Roberto y Malena me enteré en la misma noche, aunque ninguno de los dos sabía del otro cuando me lo contaron. Roberto quería ver a su familia, pasar con ellos su cumpleaños, hacer nuevos contactos con proveedores porteños de comida, traer los últimos CDs de tango. Nada de eso me sorprendió, aunque me pareció demasiada prisa - él, que se debatía durante semanas y meses antes de hacer un cambio en el menú o de renovar el uniforme de los mozos, decidía de la noche a la mañana nada menos que un viaje a Buenos Aires. Sospeché por un momento una enfermedad, hijos abandonados en Buenos Aires, un regreso definitivo, un escape de las deudas o de alguna mujer o de México mismo, pero supe que lo que en definitiva buscaba era la hora de poner a prueba algunas cosas. Dejaba en mis manos y en las del jefe de cocina la gerencia del restaurante, y se había encargado de cancelar todos

los vencimientos, de adelantar los pagos a los proveedores y de dejar preparada la lista de platos del día. Malena, en cambio, no hizo sino concluir lo que había empezado hacia semanas: las compañías de teatro-danza no aceptan mi estilo; en video-danza México tiene años de atraso; con Jan (un sueco con el que había empezado una relación que sobrevivía más por el mal inglés que les impedía comunicarse que por cualquier variante del cariño) las cosas no dan para más; en Patio de Tango está todo bien pero no me alcanza, ¿viste?; yo vine en busca de algo que, ahora lo sé, no está en México DF; me voy a pasar unas semanas a las playas del Sur y después decidiré hacia dónde sigo viaje; tengo unas amigas en Barcelona que me invitaron a quedarme con ellas el tiempo que quiera. Cuando Roberto se enteró del viaje de Malena no dijo nada y le deseó buena suerte: los demás empleados del restaurante se sorprendieron, pero en la sonrisa de mi jefe vi que, ahora que ya paladeaba la visita a Buenos Aires, tendría suficientes reemplazos a su disposición como para preocuparse por una de las tantas mujeres porteñas.

Si algo había aprendido de Malena es que algunas cosas ya no eran como mi padre había sostenido siempre: para él y sus amigos estar lejos era el dolor más grande, pero hoy el suelo de Buenos Aires arde bajo los pies de los porteños que buscan otras tierras. Poco le costaría a Roberto convencer a alguien de dejar Buenos Aires y venir al DF a hacer de porteño en Patio de Tango, aunque más no fuera como un escalón hacia alguno de los destinos menos prometedores pero más deseados que México - en Reforma había salido un artículo sobre los coyotes de la frontera con Estados Unidos, que ahora también transportaban argentinos hacia las manos de la Migra o hacia alguna de las incontables muertes del desierto. Una de las canciones clásicas de los exiliados decía eso de "porque me duele si me quedo, pero me muero si me voy": hoy el dilema parecía estar resuelto, o (como tantas cosas, una vez más) había sido olvidado. Mi padre y sus amigos hubieran tomado muy en serio un lugar como Patio de Tango, tanto como Roberto, pero ni los argentinos que quedan (quedamos) en DF ni los que de seguro llegan cada día abren fábricas de pasta, buscan carnicerías donde faenen las carnes "como la gente" o se pasan el dato de algún teléfono casi averiado que con la hábil manipulación de un alambre prometa horas de comunicación gratuita a larga distancia.

Mi padre, anclado en Buenos Aires, se moría. La quimioterapia seguía sin responder, y ni siquiera lograba contener el avance de los tumores, las metástasis que en cada análisis comían nuevas partes de su cuerpo. Días atrás había intentado por teléfono una mala broma: el cáncer es una enfermedad revolucionaria, porque convierte a las bases desde dentro, desde abajo - enfermedad guerrillera, Montoneros o el ERP de la medicina moderna. "Si me voy a morir, está bien que me muera de eso". Fue una de las pocas veces en que insulté a mi padre.

En los últimos meses había tenido poco tiempo y menos calma como para avanzar con la lectura de *El beso de la mujer araña*, pero cada vez me sentía más cerca de Molina - no por lo marica, pero era difícil no admirar el coraje de su posición por sobre el estereotipo de Che Guevara que ensayaba Valentín. Mi padre mantenía un gesto de combatiente que no envejecía ni dejaba pasar el tiempo: para él (también para Valentín) era fácil ser mártir de una causa y vivir en la memoria de alguien, en la admiración de quienes vendríamos después, en las gestas de las derrotas heroicas. Molina ni pidió ni esperó los laureles de la derrota - y quienes vinimos después de los Valentines tampoco podemos esperarlos, a la sombra de derrotas definitivas. Vencer donde ellos no pudieron sería una falta de respeto (sería, además, vencer en una lucha planteada para que no haya vencedores), y fracasar más estrepitosamente sería algo imposible: no hay gloria en ninguna de las opciones. Y sin embargo Molina se jugaba por Valentín, y por su madre, y por ese hombre casado que nunca podría serle igualmente fiel. Y sin embargo los que venimos después intentamos lo que podemos, demasiado al norte, tan lejos de las cosas que suceden en el sur.



Como siempre llegaron las fiestas de Navidad y Año Nuevo, aunque esta vez fueron distintas. El protocolo mexicano indica que estas fechas deben pasarse en familia, que no se puede tener menos de quince personas a la mesa - desde que tengo memoria nosotros, que nunca pudimos alcanzar ese quórum, las pasamos en casas de amigos, con familias prestadas o con otros argentinos orfanados por el exilio. Las Navidades nunca fueron en verdad mexicanas, porque nadie salió corriendo apenas pasado el festejo de las diez en busca de un asiento en la iglesia más próxima. Para pedir posada, los niños desafinábamos alguno de los versos tradicionales con que María y José pedían puerta por puerta protección de los soldados romanos. Yo debía hacerlo lejos de mi padre si quería evitar una larga conferencia sobre el judaísmo y las raíces turcas, sirias y rusas de mis abuelos: cosas que estaban muy bien, pero que no bastaban a los ocho años para excluirme de los juegos que practicaban los demás niños en la vecindad, de las escenas que ensayábamos en la escuela, de todas las cosas que estaban en el aire y que, aunque estaban en el aire, no eran para Julieta o para mí. No debería ser tan difícil separar de la religión los juegos a los que una vez al año se dedican los demás niños - si a fin de cuentas es una excusa para disfrazarse de pastor y cantar. Aún ahora, que puedo hacer la distinción, cada vez que se pide posada siento un poco de culpa y muevo los labios en silencio, como si algo me impidiera cantar. No ayuda ni ayudaba que mi madre, igualmente judía, fuese siempre una de las más entusiastas en el coro. Ella lo explica de otra forma, o no lo explica - no te compliques con lo religioso si nadie se lo toma en serio, esto es una tradición, y al cabo que se trata de la historia de una familia de refugiados que pide auxilio

y eso sí podemos entenderlo. Alguna vez, luego de haber escuchado una discusión sobre este tema, soñé con una imagen que aún hoy vuelve todas las Nochebuenas: mis padres, cargados de valijas, conmigo en brazos, piden posada en la embajada de México en Buenos Aires, en el aeropuerto de DF, en la Oficina de Migraciones de la calle Obregón.

Lo cierto es que al fin nuestra mesa iba a estar llena, y por primera vez en casa: algunas amigas de mamá; el novio de Julieta; Carmen, que regresaría a Monterrey recién para Noche Vieja; Carlos, María y Lucas, que este año no viajarían a Tucumán. En medio de los mensajes y de las llamadas telefónicas de mi padre, mi madre y Julieta se ocuparon de la cocina mientras Manu (con ayuda mía, aunque no demasiada) preparaba la decoración y las piñatas. Carmen también ayudaba, ya casi compinche de Julieta y Manu: la encontraba a veces haciendo sobremesa en mi casa al llegar del restaurante, o de picnic con Julieta en la Ciudad Universitaria. Gracias a ella y a su relación con mi hermana pude, por primera vez, acercarme a lo que pasaba en mi familia más acá de Buenos Aires, entender por qué era importante organizar un reventón en medio de tanto dolor, de dónde salían en todas las fuerzas que a mí me costaba encontrar.

Carmen era entonces mi puerta hacia afuera, e impedía que me encerrara en el infierno porteño donde no pasaba otra cosa que la enfermedad de mi padre. Tener a otra persona cerca, sentir la fuerza del amor de una mujer, ponía todo en perspectiva: hasta sus caprichos, sus malos humores y las mil razones por las que discutíamos a diario servían para no terminar de hundirme en mí mismo. Ella organizaba nuestros fines de semana, se hacía a un lado para dejarme estudiar cuando era necesario, recibía las invitaciones de nuestros amigos para ir a fiestas en Polanco o para pasar el día en las barcas de Xochimilco. Y todo el tiempo me recordaba que su deseo era que yo la acompañase a Monterrey para Noche Vieja. No es que viviéramos entre pétalos de rosa y sueños de felicidad, pero sé que sin ella nada hubiese sido igual, que otras cosas importaban tanto o más que nosotros pero que mientras estábamos juntos no lo parecía, que no hubiera querido tener a otra persona junto a mí. Junto a ella las cosas no eran más fáciles pero sí más simples, aunque Carmen fuera por momentos complicada. Estar bien, lo aprendí en ese tiempo, es algo

simple.

En el medio de todo aquello se me hacía cada vez más difícil seguir con los mails de Juan de Boedo, que parecía estar cada vez más lejos de quien entonces era yo. Sus amigos aún enviaban mensajes a los que yo respondía con menor frecuencia, contradiciéndome en cada envío, mezclando sus vidas sin siquiera tomarme la molestia de disculparlos. Lo envié lejos para las fiestas (a Córdoba, para reunirse con la mujer y el suegro que todavía estaba internado) para justificar su silencio por el tiempo necesario hasta saber si volvería a encontrar sus voces o si era momento de cerrar sus historias para siempre.

